

La catequesis desde la escuela cristiana

ANTONIO BOTANA

Es necesario poner en el tapete, en primer lugar, la pregunta clave: ¿Se puede realizar *una auténtica catequesis* desde la escuela cristiana? Nuestra postura es muy clara: No sólo es posible, sino que la escuela cristiana se revela como ámbito especialmente privilegiado para llevar a cabo un proceso de maduración en la fe que culmine en la comunidad cristiana. Dicho de otra forma: tomando como *plataforma de evangelización* la escuela cristiana, podemos realizar una «iniciación cristiana» integral.

1. Una función propia

No tendría sentido hablar de la catequesis en la escuela cristiana como una especie de concesión o «préstamo» que le «permite» impartirla; más bien hay que presentarla como un derecho, o mejor, *un deber al que no puede renunciar*: «Aún reconociendo que el lugar propio de la catequesis es la familia ayudada por las otras comunidades cristianas, particularmente la parroquial, nunca se insistirá suficientemente en *la necesidad y en la importancia de la catequesis en la escuela católica* con el fin de conseguir la madurez de los jóvenes en la fe» (Sgda. Congr. para la Educación Católica: «La Escuela Católica», n° 51).

La escuela cristiana actúa en este campo, por consiguiente, *delegada* por la familia que le encomienda sus hijos, y en cumplimiento de la misión que le viene directamente de la Iglesia: «La escuela católica asume como *misión específica* —y con mayor razón hoy frente a las deficiencias de la familia y la sociedad en este campo— la formación integral de la personalidad humana. Para lograr *la síntesis entre la fe y vida* en la persona del alumno, la Iglesia sabe que el hombre necesita ser formado en un proceso de continua conversión...» (o.c., n° 45).

La razón última la da el mismo documento que citamos: «En esto la escuela católica se diferencia de toda otra escuela que se limita a formar al hombre, mientras que ella se propone formar al cristiano...» (n° 47), y no sólo pretende «una simple adhesión intelectual a la verdad religiosa, sino el entronque personal de *todo el ser con la persona de Cristo*» (n° 50), lo cual sólo se consigue a través de una catequesis que tenga el carácter de «*iniciación cristiana*».

2. En un marco a su medida

La catequesis sólo se realizará bien sobre la base de la fe y la conversión iniciales, es decir, sobre la base del descubrimiento gozoso del Evangelio de Jesús (cfr. «La Catequesis de la Comunidad» n° 95). Esta es la razón por la que muchos procesos catequísticos no llegan a producir la transformación del individuo: dan por supuesta esa base, como si fuera algo natural con la que hay que contar, cuando en realidad está ausente en la gran mayoría de los muchachos —niños y adolescentes— de nuestros ambientes que no han podido realizar el despertar religioso en sus familias (cfr. «Catechesi Trascendendae», n.º 19).

La escuela cristiana se constituye, para la catequesis, en marco que facilita ese despertar religioso, supliendo en muchos casos las graves deficiencias familiares. Con un proyecto educativo en el que Cristo es el fundamento explícito, los principios evangélicos se convierten para la escuela cristiana en normas educativas, motivaciones interiores y al mismo tiempo metas finales («La Escuela Católica», n° 34). La enseñanza ofrece numerosas ocasiones para elevar al alumno a perspectivas de fe,... puede formar el espíritu y el corazón del alumno y disponerlo a adherirse a Cristo de una manera personal y con toda la plenitud de la naturaleza humana enriquecida por la cultura (id. n° 40).

El maestro enseña al alumno a leer la historia y la vida a la luz de la fe, proporcionándole las claves de lectura cristiana. Le facilita experiencias a través de las cuales pueda descubrir valores humanos y cristianos. De esta manera el alumno aprende a situarse en el mundo críti-

camente (leyéndolo y descubriendo su significado) y activamente (viviendo según unos valores).

Estableciendo el diálogo entre fe y cultura, favoreciendo la síntesis de ambos, anunciando explícitamente el Mensaje de Jesucristo y aportando sus contenidos básicos, la escuela cristiana ayuda a descubrir la dimensión religiosa de nuestra cultura, de a conocer lo que aporta la Religión a la cultura y al hombre de hoy. Esto, todavía no es catequesis. Pero es el marco en el que va surgiendo la inquietud religiosa, el interés por Aquel que sirve de continua referencia.

«En la vida diaria del ciclo escolar, el alumno aprende a que través de su obra en el mundo él está llamado a ser testimonio vivo del amor de Dios entre los hombres, porque él mismo forma parte de una historia de salvación que recibe su último sentido de Cristo salvador de todos los hombres (id. n.º 46). Para algunos será sólo la continuidad y la estructuración de lo que ya han recibido en la familia; pero para muchos otros será la puerta de acceso a un mundo que, de otra manera, les permanecerá extraño y vedado, ya que su relación con la parroquia es nula, a no ser por los típicos «sacramentos sociales».

Por supuesto, el paso a la catequesis propiamente dicha ha de ser una decisión o aceptación positiva del muchacho. Lo importante es caer en la cuenta de que este «paso» no surge por generación espontánea, sino que ha debido ser cultivado y favorecido: ésta es la primera aportación de la escuela cristiana.

3. Desde una comunidad

«La fe cristiana nace y crece en el seno de una comunidad» («La Escuela Católica», n.º 53). Este principio ha sido repetidamente enunciado en los diversos documentos catequéticos de los últimos años, de manera especial desde el Sínodo de 1977, sobre la Catequesis. Su contenido «funciona» en las dos direcciones: si es cierto que una catequesis integral —como lo es la de tipo catecumenal— debe tener en cuenta su origen en la comunidad cristiana, también lo es que toda la comunidad cristiana puede y debe proponerse la catequesis de sus miembros y de aquéllos a quienes es enviada. Esta afirmación la aplicamos a la escuela cristiana: ella «forma una comunidad auténtica y verdadera» («La Escuela Católica», n.º 60). No se trata de la «comunidad educativa» constituida por todo el profesorado, alumnos, padres,... sino más bien de la comunidad cristiana que tiene su misión en dicha escuela, le aporta su propia identidad y es fermento evangélico de la comunidad educativa.

Como toda comunidad cristiana «inmediata», la escolar realiza su labor evangelizadora integrada en la comunidad diocesana, que es siempre la comunidad de referencia juntamente con la Iglesia universal («La Catequesis de la Comunidad», n.º 255), y complementariamente con otras comunidades y otros cauces catequéticos: la familia, en primer lugar, y la parroquia (id. n.º 275).

Frecuentemente, la labor catequética propiamente dicha será ejercida por la comunidad cristiana escolar integrándose en la estructura catequética parroquial o, incluso, de una forma subsidiaria a ésta. Así sucederá normalmente en los pequeños núcleos urbanos o pueblos donde la población escolar pertenece a una misma parroquia. Aun en este caso no habrá que olvidar que la parroquia funciona como «Comunidad de comunidades», y que la comunidad cristiana escolar está ejerciendo también aquí su misión evangelizadora como comunidad *integrada*, no «diluida», en el seno parroquial, y debe llevar dicha misión hasta las últimas consecuencias.

4. Catequesis y Enseñanza Religiosa Escolar

La poca claridad de ideas respecto al tema que estamos tratando procede frecuentemente de una doble confusión:

- entre catequesis y «Enseñanza Religiosa»,
- entre «escuela» y «aula» o «actividades académicas».

La distinción —y al mismo tiempo la interrelación— entre los dos primeros términos quedó suficientemente aclarada en el documento de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, «Orientaciones Pastorales sobre la Enseñanza Religiosa Escolar», (junio, 1979).

En dicho documento (nn. 58 ss.) se señalan las *diferencias* entre la «Enseñanza Religiosa Escolar» y la «Catequesis de la Comunidad Cristiana»: por tener diversa fuente de iniciativa, por la distinta intencionalidad de los destinatarios, y por sus objetivos diversos. Al mismo tiempo se subraya la *complementariedad* de las dos acciones, en tanto que una conduce a la otra; y la proximidad, en tanto que la ERE puede llegar a alcanzar objetivos catequísticos, además de los suyos propios, cuando el conjunto de los alumnos es mayoritariamente creyente.

No obstante esta clarificación, hay que decir que el mismo documento induce a error al utilizar el término «escuela» en un sentido restrictivo —«estructura académica»— y no el que en realidad le corresponde. De ahí que contraponga el «ámbito de la escuela» y el «ámbito de la comu-

nidad cristiana»: «En la escuela —dice— los grupos humanos quedan primariamente unidos por relaciones académicas de índole pedagógica, mientras que el vínculo de la fe, constituyendo comunidades eclesiales; la relación con los catequizandos es de índole testimonial, exigiendo una comunión en la misma fe» (nº 59). Evidentemente, la perspectiva meramente académica con que está redactado el texto le hace desconocer que en la escuela —aunque no en el aula, es decir, fuera del programa oficial de asignatura— se dan grupos humanos originados por afinidades culturales, deportivas, festivas, amistosas, políticas,... y también religiosas; afinidades e intereses que dan origen a las mil y una actividades que se desarrollan *en el ámbito escolar*, entre profesores, alumnos, padres de alumnos, simpatizantes,... : charlas, competiciones, campañas de realidades humanas, experiencias sociales, investigación,... y también grupos de catequesis —no sólo de alumnos, sino también de padres, profesores,...— formados por aquellos miembros de la comunidad educativa que desean profundizar en su fe.

Con otras palabras, la tesis que estamos defendiendo es que *en el ámbito de la escuela* cabe también el ámbito de la comunidad cristiana. Cuando éste se sitúa en el núcleo de aquél, cuando es la comunidad cristiana quien orienta la escuela y enfoca el proyecto educativo desde su visión cristiana de la vida, entonces —y sólo entonces— la escuela se llama también «cristiana».

Esta es la razón fundamental por la que podemos hablar de una «catequesis de la comunidad cristiana» en el ámbito escolar, diferente de la «Enseñanza religiosa escolar» sujeta a las estructuras y condiciones académicas.

La escuela, más allá de lo estrictamente académico, es una gran plataforma, un excepcional «catalizador», que favorece la formación en las diferentes facetas de la persona y la interrelación entre los individuos a muy diferentes niveles. Sería un grave error y una gran irresponsabilidad el ignorar esta plataforma a propósito de aquella faceta humana que centra ahora nuestra atención y que da origen a un modo peculiar de relación: la comunidad cristiana.

5. Catequesis de la comunidad cristiana en el ámbito escolar

Hechas las anteriores aclaraciones, es hora ya de que precisemos el sentido y el alcance que para nosotros tiene la catequesis en el ámbito escolar. En realidad, no nos queda mucho por decir, si no es subrayar y concretar lo que ya está dicho en los últimos documentos oficiales de la Iglesia, de manera especial en «La Catequesis de la Comunidad», de la Com. Episc. de Enseñanza y Catequesis (febrero, 1983).

Pasamos por alto, y no porque no tenga importancia, las diversas aproximaciones la catequesis que se realizan en el horario lectivo de la escuela, aunque sí conviene mencionar, al menos, la formación religiosa de los ciclos inicial y medio de EGB, donde frecuentemente se puede hacer una auténtica catequesis acomodada a la edad; resaltamos la trascendencia que en esos momentos tiene la iniciación al lenguaje religioso y, formando parte de la misma, las celebraciones de signos y símbolos.

Hablemos ahora de una catequesis de «*inspiración catecumenal*», lo cual equivale a hacer de ella un *proceso de iniciación cristiana integral* (C.C., nº 83).

Para caer en la cuenta de lo que esto supone es necesario ahondar en el concepto de «*iniciación*» situándolo en el contexto de la antropología social y religiosa. El significado vulgar que suele dársele -«empezar», «ponerse en camino»- queda ya superado por su propia etimología -del latín «*ineo*»: *entrar dentro*-, que alude a la plena incorporación a la comunidad. «La iniciación constituye uno de los fenómenos espirituales más significativos de la historia de la humanidad» dice Mircea Eliade (1), quien señala igualmente que su finalidad es «la modificación radical de la condición religiosa y social del sujeto iniciado» (2).

La estructura iniciática facilita la integración cultural y social de la persona a un grupo humano. Aplicada a la Iglesia, será preciso tener en cuenta la novedad esencial de la fe cristiana y de la comunidad a la que se da origen. Ante todo, esta novedad consiste en la exigencia de una *conversión personal* en esa integración (3). De ahí la importancia que el RICA (Ritual para la Iniciación Cristiana de Adultos) concede a ese primer momento de la entrada en el catecumenado, condicionado a la conversión inicial o «voluntad de cambiar de vida y de entrar en relación con Dios en Cristo» (nº 15), evitando las prisas (nº 50).

En síntesis, la «*Iniciación cristiana*» pretende:

- La incorporación a la comunidad cristiana eclesial, entendida como Cuerpo de Cristo, Templo del Espíritu, y al mismo tiempo Pueblo de Dios, «Comunión de comunidades»...
- Introducir al Misterio cristiano, Misterio Pascual, y, desde él, al Dios de Jesús y a la vida nueva en el Espíritu.
- Adquirir la identidad cristiana, mediante la cual el sujeto pueda percibirse a sí mismo como seguidor de Jesús y miembro activo de la comunidad cristiana.

(1) M. ELIADE, *Iniciaciones Místicas*. Taurus, Madrid 1975, p. 19.

(2) M. ELIADE, *o.c.*, p. 10.

(3) J. A. VELA, *Reiniciación Cristiana*. Ed. Verbo Divino. Estella 1986, p. 163.

- Aprender un lenguaje, mediante el que se expresa la experiencia religiosa cristiana.
- Asumir unos valores, los del Evangelio, que requieren la actitud de conversión, y una nueva forma de «estar» en el mundo, un «estilo» de proceder.
- «Ser» de otra forma radicalmente diferente, expresado en el rito de muerte-resurrección, que recogen los sacramentos de la Iniciación.
- Descubrir la historia como «presencialización» del Reino de Dios, y comprometerse en ella.
- Introducirse conscientemente en la Historia de Salvación, descubriendo dentro de ella el itinerario personal en el que Dios se le revela.

Todo ello se logra a través de las cuatro grandes *dimensiones o tareas de la iniciación*:

- Iniciación al conocimiento del Misterio de Cristo.
- Iniciación al estilo de vida evangélica.
- Iniciación a la experiencia religiosa: oración y vida litúrgica.
- Iniciación al compromiso apostólico y misionero.

(Véase su desarrollo en «La Catequesis de la Cdad.», nn.85 a 92).

Los elementos estructurales comunes a toda iniciación, no son «optativos»; condicionan la consecución de los objetivos. Se pueden clasificar así (4):

- El lenguaje iniciático, por el que se indica el estado, el itinerario, los pasos y los momentos fuertes de la iniciación.
- Los ritos y símbolos que expresan el tránsito de la vida antigua a la vida nueva.
- El proceso de conocimientos liberadores y pruebas para orientar hacia las nuevas responsabilidades en el grupo.
- La duración programada, la espaciación y progresividad, necesarios para la transformación de las formas de pensar, de vivir y de ser, para la asimilación y maduración.

(4) D. BOROBIO, *Proyecto de Iniciación Cristiana*. Desclée de Brouwer, Bilbao 1980, pp. 138-139. Cfr. S. MOVILLA, *Del catecumenado a la comunidad*. Ed. Paulinas, Madrid, 1982, pp. 20 ss.

- La regulación social, que se manifiesta en una estructuración determinada, a través de la cual el grupo ejerce sus controles y verifica su autenticidad.

¿Cómo concretar las características de la «iniciación cristiana» referidas anteriormente, en un proceso cuyo ámbito sea la escuela cristiana?. El esquema que describimos a continuación es el que actualmente se desarrolla en muchos centros y en no pocas parroquias -ya que, en realidad, se adapta al marco de cualquier comunidad cristiana-.

a) *El proceso se divide en cuatro etapas*, de las cuales la 3ª es la que sirve de referencia para las otras:

- 1.ª *Etapas de descubrimiento* (preadolescencia, 3 niveles). Descubrimiento personal y en grupo de los elementos básicos del Evangelio.
- 2.ª *Etapas de propuesta* (a partir de 1º BUP/FP, dos niveles). Llamada a personalizar la fe. Ser persona al estilo de Jesús y con Jesús como único Señor. Se inicia la búsqueda del sentido de la vida. Propuesta del Evangelio como «alternativa» ante los estilos del mundo.
- 3.ª *Etapas catecumenal o de fundamentación* (a partir de 3º BUP/FP, tres niveles). Realiza una iniciación orgánica en el Misterio Cristiano a través de sus cuatro dimensiones, ya mencionadas. Se articula a partir de las tres coordenadas evangélicas: conversión, Reino de Dios, comunidad.
- 4.ª *Etapas de consolidación e integración* (a partir de 2º Universidad). Planteamiento vocacional explícito: tipo de comunidad y puesto de servicio al Reino de Dios. Desarrollo de la fe en sentido teológico, profético, expresivo, celebrativo.

b) *La metodología es la propia del catecumenado*:

- La *experiencia humana*, como punto de partida.
- La *Palabra de Dios*, como lugar de referencia, leída desde la «clave de lectura» de la Iglesia: el Símbolo (o Credo), el Padrenuestro y la normativa de conducta sintetizada en el Mandamiento del Amor y las Bienaventuranzas.
- La *Confesión de fe*, como meta de la catequesis, que se expresa en esta triple dirección: la confesión de fe, la oración y celebración, y el compromiso.

c) *La dinámica de reflexión se realiza en tres niveles*:

- Personal: sobre todo, a partir de la entrevista periódica entre el animador y cada miembro del grupo.

- Grupal: con una reunión semanal, en horario no lectivo, y un día de convivencia trimestral.
- Intergrupal: encuentro de verano, diferenciado por niveles.

d) *La celebración de la fe* marca el itinerario de esta forma:

- Encuentro celebrativo de todos los grupos, en cada centro, al comienzo del Adviento, de Cuaresma y en la Vigilia de Pentecostés.
- Celebración del Triduo Pascual (Pascua Juvenil) todos los grupos de las etapas 3ª y 4ª.
- Encuentro de Oración (tres días) en las vacaciones navideñas, con los muchachos del 2º nivel catecumenal (COU) en adelante.
- Las cuatro Entregas Catecumenales, celebradas como «ritos de transición»: los Evangelios, la Cruz, el Padrenuestro, el Símbolo o Credo. Marcan la etapa catecumenal desde su comienzo. Se celebran en los encuentros indicados anteriormente, con una resonancia especial.
- El Sacramento de la Confirmación, si es posible, al final del 2º nivel de la etapa 3ª o catecumenal.

e) *El «control» por parte de la comunidad* se realiza sobre todo en la etapa catecumenal, con motivo de las «Entregas», que van precedidas por unas «pruebas de discernimiento» en los grupos correspondientes, seguidas de la reunión de los animadores en que se decide a qué muchachos se efectúa la «Entrega» en cuestión.

f) *Los «elementos dinamizadores»* impulsan y motivan aspectos básicos de la formación. Además de los encuentros, ya mencionados:

- unos favorecen la personalización de la fe y la conversión, como el «Proyecto Personal».
- Otros ayudan a la cohesión del grupo o al compromiso, como la Carta de Amistad, Carta de Compromiso, Diario de Grupo, Fondo Común, Proyecto de grupo...
- otros facilitan la expresión de la fe y la definición de la identidad cristiana, como la Carta Magna, el Salmo histórico personal y del grupo, el Manifiesto Profético...

6. La Comunidad, punto de llegada

La Comunidad es el «fruto» del proceso catecumenal; también, por supuesto del que se realiza en el ámbito escolar. La Comunidad como dimensión de la fe cristiana. La comunidad como Iglesia universal que

crece en sus miembros. Pero también, «la comunidad eclesial *inmediata*, donde el creyente concreto nace y se educa en la fe» (La Cateq. de la Cdad., n. 255).

Esta comunidad que espera al joven al final de su proceso (cfr. La Cateq. de la Cdad, nn. 287-288), o que surge del mismo grupo que ha realizado el proceso, debe responder a una serie de características que garanticen su identidad eclesial, y que desarrolle el documento citado en los nn. 258 a 265. Supuestas estas características, ¿qué opciones de comunidad se presentan al joven que acaba su proceso catecumenal?

1. *La parroquia*. Sigue siendo «lugar privilegiado donde se realiza la comunidad cristiana» (La Cateq. de la Cdad. n. 268), aunque deba transformarse y renovarse a fondo para lograr un «sentido y talante comunitario» (id. n. 269). Las parroquias serán los lugares en que más frecuentemente se incorporarán los jóvenes, terminado su proceso catecumenal, aunque dicho proceso no haya sido hecho en el marco parroquial. Pero ha de ser una incorporación activa, participando en alguna de las comunidades parroquiales y desarrollando algún servicio o ministerio en la pastoral parroquial. Cuando en la parroquia no existen comunidades reales, la primera preocupación de estos jóvenes debe ser la de contribuir a formar grupos en línea catecumenal, por ejemplo, con los catequistas que frecuentemente actúan «por libre» en la parroquia.

2. *La misma comunidad «matriz»* del proceso catecumenal, en este caso la comunidad cristiana que patrocina la escuela cristiana. Es natural que algunos de los jóvenes que terminan dicho proceso puedan incorporarse como animadores de nuevos grupos en el mismo lugar donde han estado, y formar parte de la comunidad inmediata que lo alumbra.

3. *Comunidades de consagrados y comunidades misioneras*.

4. *Comunidades eclesiales de base*.

5. *Ministerios eclesiales*, que sobrepasan los límites de la comunidad inmediata y que están al servicio de la Iglesia diocesana o universal: sacerdocio, misiones...

7. La dialéctica «colegio-parroquia»

Cuando dos sujetos distintos son responsables, por distintos motivos, de una misma labor, con unos destinatarios que potencialmente coinciden, es inevitable que, en una u otra circunstancia, surja el conflicto.

Unas veces, por inhibición mutua, con la excusa de que la labor ya la realiza el otro. Otras veces, por falta de entendimiento en una celosa atribución de funciones. Esto es lo que suele suceder en el caso de la catequesis que han de impartir la escuela cristiana y la parroquia.

Es superfluo aclarar que la catequesis impartida por la comunidad cristiana escolar nunca puede ser «en contraposición» a la parroquia, e incluso que aquélla ha de orientar progresivamente hacia su plena incorporación en ésta a la mayor parte de los catequizandos.

También es obligado el que los responsables de la comunidad cristiana escolar se mantengan en contacto con los párrocos de los que, teóricamente, dependen los muchachos, para ponerles al corriente de la actividad catequística que se lleva a cabo, y para establecer la máxima colaboración que sea posible. Pero todo ello sin olvidar que el rompimiento de la dialéctica eliminando uno de los dos polos sería, a la larga, contraproducente para la misma Iglesia y su misión evangelizadora.

En los últimos años, amparada en el legítimo afán de la Iglesia de revitalizar la institución parroquial, se está dando por parte de muchas parroquias una reivindicación reduccionista, pretendiendo ser el único ámbito catequístico válido, sobre todo respecto del «catecumenado», negándolo, en consecuencia, a otras comunidades, y de manera concreta a la comunidad cristiana escolar. Algunas afirmaciones oficiales «parecen» respaldar esta postura, como la que leemos en la *Catechesi Tradendae*: «La Comunidad parroquial debe seguir siendo la animadora de la catequesis y su lugar privilegiado.» (n.67). La aclaración del conflicto está en el *modelo de Iglesia* en que nos situemos. Entendida la parroquia como una «*comunidad de comunidades*», es evidente que la animación de la catequesis se reparte entre las distintas comunidades que integran la parroquia, y al núcleo central parroquial le corresponderá, no absorber dicha función, sino asegurarla y coordinarla. La postura reivindicativa que estamos denunciando corresponde a una nueva forma de «pastoral de cristiandad», que parte del principio de que todos los posibles catequizandos están ya «dentro» de la parroquia y por consiguiente le corresponde a la parroquia catequizarlos. Pero tal principio es falso en sí mismo. En un mundo secularizado como el que estamos viviendo, las comunidades «enviadas» a evangelizar en la sociedad han de responsabilizarse frecuentemente de desarrollar el proceso catequístico, y éste es el caso de la comunidad cristiana enviada a una institución social secular, como lo es la escuela, en la que se encuentra con un buen número de muchachos que no se sienten identificados en modo alguno con la parroquia; deberá catequizarlos «en su medio».

Un caso bien concreto de fricción actual es el que surge con motivo de la catequesis preparatoria a la Confirmación. No se entiende fácil-

mente que unos muchachos que están siguiendo un proceso serio de «iniciación cristiana» en grupos catecumenales, en el marco de un colegio cristiano, sean obligados por su párroco a asistir a la catequesis de la parroquia como condición «sine qua non» para poder recibir la Confirmación. La razón que muchas veces se da para este proceder —facilitar la incorporación del muchacho en la vida parroquial— no es suficiente: la incorporación a la comunidad parroquial es el *punto de llegada*, y esto para la mayoría —no para todos—. Esto último es lo que habrá que estudiar y favorecer en una pastoral de conjunto. No discuto la conveniencia de que la celebración del Sacramento sea en la parroquia, como símbolo de incardinación eclesial.

Por intereses inmediatos fácilmente comprensibles, quien debiera ser el árbitro en el litigio -el obispo- declina frecuentemente su responsabilidad, diciendo simplemente que «procure dialogarse», pero siempre sin cuestionar la postura que adoptan los responsables de la parroquia. En lugar de esta solución tan poco comprometida, debería impulsarse un mayor conocimiento y colaboración de ambas entidades. Un medio válido para ello pudiera ser *el arciprestazgo*, al que tanta importancia se le está dando en algunas ciudades, pero entendido no sólo como interdependencia de parroquias, sino de *comunidades eclesiales*, entre las que se cuenta la comunidad cristiana escolar.

8. Riesgos y objeciones

La teoría puede estar muy clara. Las circunstancias, o la realidad, hacen tambalearse a veces todos los principios y poner en cuestión su viabilidad.

No obstante, lo mismo que no dudamos de que una parroquia pueda convertirse en auténtica comunidad de comunidades, a pesar de que muchas no pasan de ser «despachos de sacramentos», de igual forma no parece legítimo argumentar en contra de la posibilidad de la catequesis en la escuela cristiana sobre el dato anecdótico de muchas escuelas que no dan la talla. Tanto en uno como en otro ámbito hay buenos ejemplos que atestiguan lo contrario.

Es preciso que tengamos en cuenta los posibles riesgos, las dificultades propias del entorno, y descubrir caminos de solución. No existe el «marco ideal», pero sí existen plataformas más o menos válidas que hay que aprovechar. Veamos algunos de esos riesgos u objeciones, y las posibles soluciones:

a) *Objeción:* La escuela es un «lugar de paso» -se dice-, transitorio en la vida del individuo. Como ámbito de la catequesis podría dificultar el encontrar la comunidad estable en la que el creyente ha de vivir su fe.

Respuesta: Veámoslo desde dos ángulos: Para la comunidad cristiana escolar, la escuela es su lugar de evangelización permanente, aunque los destinatarios vayan cambiando. Para éstos es el lugar de convocatoria a vivir en comunidad, aunque su comunidad definitiva vaya a ser otra. De todos modos, no está de más recordar que toda comunidad «inmediata» es relativa y transitoria en sí misma, es decir, ha de referirse siempre a la Iglesia universal. La presencia en una u otra, el paso incluso de una a otra estará subordinado o puede venir exigido por factores naturales o por el servicio a la Iglesia universal.

b) *Objeción:* La Catequesis en el ámbito escolar tiene el riesgo de someterse a las estructuras académicas (horario, período escolar lectivo, vacaciones, etapa de escolarización...) y desaparecer al tiempo que dichas estructuras.

Respuesta: Ciertamente, es un riesgo real y muy peligroso, contra el que hay que prevenir, pero no es imposible esquivarlo. Ya dijimos anteriormente que no había que confundir las estructuras académicas con el ámbito escolar. La catequesis propiamente dicha no debe sujetarse al horario lectivo -ha de hacerse al margen de ese horario-, ni al período de clase -las vacaciones son buenos momentos para los «tiempos fuertes», de los grupos-, ni a la etapa de escolarización -al terminar EGB, BUP/FP, COU, la escuela puede y debe seguir como lugar de referencia para el grupo, hasta su plena integración en la parroquia o comunidad de acogida.

c) *Objeción:* En la catequesis escolar es difícil llegar hasta lo celebrativo, lo cual es esencial para la catequesis.

Respuesta: Se trata de una dificultad muy circunstancial y relativa. Puede darse más frecuentemente, aunque no necesariamente, en las comunidades formadas exclusivamente por laicos, a falta de sacerdotes que presidan los sacramentos. La solución definitiva tendrá que buscarse en una pastoral de conjunto que han de impulsar diócesis, parroquia y colegio.

d) *Objeción:* La catequesis escolar está predispuesta a convertirse en un aprendizaje doctrinal o una reflexión intelectual, dejando de lado lo que permite la asimilación de valores y la iniciación en el compromiso, es decir, las experiencias y el contacto con la realidad y su lectura crítica.

Respuesta: Esta acusación, que se hace a la escuela en su conjunto, y con apoyos muy reales, puede y debe ser refutada si se da a la catequesis el sentido «iniciático» de que hablamos anteriormente. Siendo una «catequesis de la experiencia» habrá de referirse continuamente a la vida y la realidad en que se mueve el catequizando. En el modelo que hemos descrito y que se está realizando en muchos lugares, está prevista una progresiva implicación del muchacho en la realidad para lograr la síntesis fe-vida, con experiencias que van desde contactos con «testigos» de la fe, hasta «campos de trabajo» en el verano en algunos de los niveles...

e) *Objeción:* La catequesis escolar corre el riesgo de encerrarse en sí misma, de quedarse en una «práctica de laboratorio»... La consecuencia inmediata sería la dificultad de «enganche» con la comunidad cristiana en la que el catequizando haya de vivir su fe.

Respuesta: No sólo la catequesis sino toda la escuela ha de ser entendida como un ámbito abierto, en interrelación con la sociedad. A lo largo del proceso de maduración en la fe, el muchacho entrará en contacto con otros grupos diocesanos, con diversos organismos eclesiales y no eclesiales dedicados a la promoción de la justicia y la atención a los marginados, participará en convocatorias juveniles de la diócesis, se comunicará con diversos tipos de comunidades cristianas, colaborará en acciones de ayuda al Tercer Mundo... Y, lo repetimos una vez más, la comunidad cristiana escolar, sin renunciar a su propia identidad, se esforzará por integrarse en la pastoral de conjunto de la diócesis y en conjunción con la parroquia o parroquias con las que convive.

Podemos seguir haciendo objeciones. Pero, a los que hemos sido enviados a este campo de evangelización que es la escuela, nos corresponde ejercer nuestro ministerio con la responsabilidad y la certeza de que mil objeciones no constituyen un impedimento real, sino un estímulo para apurar las posibilidades que tenemos de «infundir el Espíritu de Jesús en el corazón de los muchachos que vienen hasta nosotros» (S. Juan B. de La Salle).